

Criadas y porteras españolas en París. Inmigración y relaciones de dominación de clase en el segmento laboral de la limpieza y los cuidados personales

LAURA OSO CASAS

Facultade de Socioloxía. Universidade da Coruña

1. Introducción

La literatura sobre la inmigración a los países del Norte de Europa, durante la época posterior a la II Guerra Mundial, se ha centrado tradicionalmente en la figura del trabajador invitado, el inmigrante varón, soltero y solo, si acaso pionero de la migración familiar. No obstante, durante los años sesenta y setenta, se desarrolló en París una corriente migratoria protagonizada por mujeres españolas. La mayoría salieron de España solas. Otras lo hicieron conjuntamente con su esposo; algunas fueron reagrupadas por su marido, siguiendo el patrón tradicional. No obstante, la mayor parte de ellas, ya fuesen solas, emigradas conjuntamente o reagrupadas, lo hicieron con el objetivo claro de insertarse en el mercado de trabajo parisino para emplearse en el segmento laboral de la limpieza y los cuidados personales (empleadas de hogar interna o externa, portera, mujer de la limpieza, etc.). Un flujo migratorio de mujeres, de carácter laboral, que dista del estereotipo de la inmigrante inactiva y dependiente económicamente del migrante varón, supuestamente pionero de la migración familiar.

A diferencia de otras corrientes migratorias de españoles en Francia, de carácter más familiar¹, según Gutiérrez, se desarrolla en los años sesenta un flujo

¹ Según Natacha Lillo, la migración española instalada en la Plaine Saint Denis, que data de principios del siglo XX, presenta una fuerte composición familiar, contrariamente al caso de la migración económica española de París de los años 60/70, donde se constató una relevante participación de mujeres solas. El **esquema de**

migratorio compuesto de mujeres solas, principalmente solteras, que se dirigían masivamente hacia París y su región, en busca de un empleo en el servicio doméstico (Gutiérrez, 1984). Como señala este autor, en 1931, la proporción de españoles empleados en la categoría « personal de servicio » en Francia era de 14 %, mientras que en 1968 pasó a 53 % (38.860 mujeres). Este sector de actividad reagrupaba en 1968 un 72 % de los españoles empleados en la región parisina y un 79 % en París. En 1975 la región de París concentraba casi la mitad del conjunto de mujeres españolas activas en Francia, así como dos tercios de las españolas que trabajaban en el sector servicios (Gutiérrez, 1984:620). Esta corriente migratoria de mujeres españolas para trabajar en el servicio doméstico se desarrolló al mismo tiempo que la de sus compatriotas varones para ocuparse en la industria del automóvil y la construcción.

Este artículo se centra en comparar las distintas modalidades de trabajo en las cuales se emplearon las mujeres españolas protagonistas de esta corriente migratoria. En primer lugar, presenta las características del empleo como empleada de hogar interna, en los barrios burgueses. En segundo lugar, analiza el tipo de trabajo realizado por las mujeres españolas en los barrios parisinos obreros. Para ello nos centramos en la estrategia del pluriempleo (horas de limpieza, costura, *pubelas* y *burones*). Por último, aborda las características del trabajo en las porterías. El objetivo último del artículo es comparar las relaciones de dominación de clase subyacentes a estas tres modalidades de trabajo, en el segmento de la limpieza y cuidados personales, nicho laboral en el cual se ubicaron las mujeres españolas que emigraron a París durante los años sesenta y setenta².

Los datos cualitativos que vamos a presentar fueron recopilados durante un trabajo de campo que llevé a cabo en París 1998/99, en los barrios XVI y XI. El barrio XVI es una de las zonas más ricas de la capital francesa. En este contexto las mujeres españolas se empleaban como porteras, o empleadas de hogar, residiendo, en la mayoría de los casos, en el lugar de trabajo (habitación de servicio o portería). La inmigración instalada en los barrios obreros, como París XI, responde a una modalidad diferente. En este caso las mujeres trabajaban fundamentalmente haciendo horas de limpieza, retirando las basuras, limpiando oficinas y en talleres de costura. Las estrategias de inserción residencial también eran distintas (alquiler, habitación de hotel, vivienda de protección oficial y portería³). Un total de 66 personas fueron contactadas y entrevistadas formalmente a lo largo del trabajo de campo⁴.

instalación era la llegada del hombre, ya casado, en primer lugar, acompañado de un pariente o amigo. Una vez que había encontrado trabajo y alojamiento escribía a su mujer para que viniese a París (Lillo, 2004 : 47).

² Un análisis más detallado de esta problemática puede encontrarse en Oso (2004)

³ Este estudio fue realizado gracias a una beca que me fue concedida por el Ministerio español de Educación y Cultura (Programa de Becas de Formación de Personal Investigador en el Extranjero). Gracias a esta beca pude residir en París y efectuar el trabajo de campo (1998/99). Agradezco a esta institución la ayuda financiera, así que a Pilar Soler, el Padre Sindo, la Hermana Soledad, Mercedes Romero, la Casa de España y la FACCEFF, por la ayuda

2. Las empleadas de hogar en los barrios burgueses-París XVI

La mayoría de las mujeres españolas que llegaban a París XVI para trabajar como empleadas de hogar eran muy jóvenes, estaban solteras. La demanda del mercado de trabajo, las redes migratorias que fueron alimentando los flujos de entrada, así como la existencia de una serie de instituciones religiosas que acogían y encauzaban esta corriente migratoria, hicieron que París XVI fuese el foco de mayor concentración de la inmigración parisina de criadas españolas.

En París, las habitaciones de servicio (*chambres de bonnes*) se encuentran principalmente en los barrios más burgueses de la ciudad (París XVI, París VIII, París VII). Como muestra Taboada Leonetti, estos barrios se caracterizan por la importante presencia de edificios de arquitectura "*haussmanienne*", que se construyeron a finales del siglo XIX y principios del XX, y que estaban destinados a servir como residencia a una clase social alta que empleaba servicio doméstico (Taboada Leonetti, 1987). Por lo general, estos edificios reservaban el último piso para las habitaciones del servicio, lo cual supone un mecanismo de diferenciación social y espacial entre los empleados domésticos y sus patrones. La habitación en el séptimo piso de los edificios constituía un buen mecanismo para la retroalimentación de la cadena migratoria de las criadas españolas. Las amigas o familiares acogían a las recién llegadas en sus habitaciones, hasta que encontraban un trabajo, siendo, así, poco arriesgada la aventura de las migrantes españolas, que fácilmente encontraban un techo en París.

La corriente migratoria de españolas que llegaron a Francia para trabajar como empleadas de hogar fue consolidándose en la sociedad francesa, de tal manera que en los años sesenta tener una criada española se convertirá en algo frecuente entre la burguesía y la clase media parisina. El binomio empleadores franceses /doméstica española va a ser tan común que en 1964 se llega a publicar una guía bilingüe doméstica para el uso de las empleadas de hogar españolas y de sus empleadores (Rembauville-Nicole, 1964) en la cual se intenta facilitar la difícil comunicación idiomática y cultural entre las criadas españolas y sus patrones. La introducción dice así:

"Si usted no conoce a los españoles ni a España, si no le gusta esta tierra, o si no tiene una natural simpatía hacia el alma hispánica, si finalmente, es usted una francesa demasiado razonable, lógica o de temperamento triston, no contrate una empleada española. En el caso contrario, acójala con cariño en su casa. En efecto, ha sido acostumbrada en su patria a una vida de familia unida y se encuentra al principio un poco desorientada. Está dispuesta

que me prestaron durante el trabajo de campo. Esta investigación constituyó una parte de la tesis doctoral que lei en el IEDES (Université de Paris I-Sorbonne), dirigida por Bruno Lautier (Oso, 2002).

⁴ Llevé a cabo un total de 52 entrevistas en profundidad, de las cuales 44 fueron individuales y 8 grupales. Del total de personas entrevistadas 57 eran mujeres y 9 hombres. Del conjunto de los entrevistados 10 fueron informantes clave.

a hacer las cosas bien y a contentarla, pero es susceptible y altiva. No todos los españoles son morenos, toreros o cantantes de flamenco. Pero la mayor parte son de índole alegre, y vivos y joviales, saben reír y aprovecharse de la vida sin amargura. No se inquiete si un día encuentra su cocina invadida por un grupo de amigos o parientes españoles, recién llegados a Francia sin nada para comer, ni donde dormir. La hospitalidad sin condiciones es una de las principales cualidades de los españoles y ellos esperan la misma generosidad de su parte; pero sobre todo no piense que tiene que hospedar, a la fuerza, a toda España y que los españoles son unos invasores y unos frescos. Pierda cuidado, su amabilidad será ampliamente recompensada. El español tiene el sentido del deber y no el de la reivindicación, tan querido del francés. En general, no se quejan y aceptan su condición, con esa fatalidad heredada de la ocupación árabe. No intente tampoco discutir y razonar, utilizando su lógica-deductiva francesa. En la mayoría de los casos el español no le comprenderá, pues es más bien intuitivo. Con buena voluntad de las dos partes para adaptarse, para aceptar mutuamente las diferencias de mentalidad, con esfuerzo también por parte de la empleada española para entender nuestra lengua, tendrá en su casa a una persona fiel trabajadora y alegre. No ha sido nuestra intención de hacer antipatrioterismo, sino tratar de allanar las dificultades inevitables debidas a esta nueva cohabitación, muy de moda en las cocinas francesas” (Rembauville-Nicole, 1964, p.23)

Procedentes del medio rural, con un nivel educativo bajo⁵, las dificultades de comunicación y los malentendidos eran corrientes entre las españolas recién llegadas y sus señores. A Carmen le sorprendió llegar a París y ver a “un borriquito” corriendo detrás de su hermana, que no era otra cosa que el aspirador. ¿Qué hizo Conchita cuando comprobó que la salsa vinagreta se le había volcado, sin desearlo, encima de los espárragos que debía servir a los invitados? Su patrona había insistido en que sirviese la salsa y los espárragos aparte, ¿cómo limpiarlos sin que la preciada y delicada hortaliza perdiese su gusto? Desde luego, no bajo el grifo del agua. La astucia de nuestra protagonista hizo que salvase, por esta vez, su puesto de trabajo, puesto que los invitados la felicitaron por el succulento plato, sin saber que Conchita había chupado, uno a uno, los espárragos. Dolores repetía una vez y otra los platos hasta que lograba alcanzar las proporciones de los ingredientes acertadas, gastando las reservas alimenticias, a escondidas, de

⁵ Según muestra Tribalat la mayoría de los inmigrantes españoles que llegaron a Francia antes de 1975 procedían fundamentalmente del medio rural. Aunque la proporción de españoles no escolarizados es menor, en comparación con otras comunidades de inmigrantes, el porcentaje de españoles sin escolarización no se puede desdeñar (12% de mujeres y 15% de hombres), dando muestras de una población, por lo general, poco instruida. Los inmigrantes españoles que llegaron a Francia durante los sesenta tenían un nivel escolar bajo. Entre los inmigrantes llegados antes de 1965, sólo un 19% de hombres y un 25% de mujeres tenían estudios por encima del nivel elemental (había continuado con los estudios después de cumplir los 14 años). Contrariamente a más de la mitad de hombres franceses y dos tercios de mujeres francesas de la misma generación. En los años de entrada posteriores (1965-1974) la situación se mejoró un poco: 29% de hombres y 38% de mujeres, en comparación con dos tercios de hombres franceses y tres cuartos de mujeres francesas de la misma generación. Más de la mitad de los inmigrantes españoles encuestados por esta autora eran hijos de campesinos (Tribalat, 1996, p.137-138).

sus patrones. Las incomprensiones idiomáticas llevaron a más de una de nuestras entrevistadas a decirle a la patrona que estaba “*constipé*”⁶ para lo cual las señoras les ofrecían pastillas, que en lugar de curar el resfriado del cual sufrían las empleadas de hogar, les llevaban a frecuentar, sin quererlo, el inodoro. Pero quizás la anécdota más conocida y más famosa sea la que llevó a varias de las mujeres españolas que trabajaron como domésticas en Francia, y entre ellas a una de nuestras entrevistadas, a confundir el “*gâteau*” con el gato, dando lugar dicha confusión a más de una sorpresa y a alguna que otra catástrofe culinaria.

“Un día me dice la patrona: para postre, nos saca el *gâteau*. Y dije: ¡Ayl, Dios mío, hasta esto comen, esta gente debe de ser muy rara. Me tocaron la campanilla los señores y llevé un cuchillo y una bandeja con el gato y una servilleta. Con un cuchillo, así de grande. Até al gato con un una servilleta para que saliera lucido, le até bien para que se mantuviera, las patitas bien ataditas. Yo decía: ¿pero dónde me he metido? El señor se rió, lo puse muy guapo, para que vieses que tenía detalles, que era fina, con un cuchillo súper grande. Estaba llena de arañazos, pero me dije que no me importaba, para que así estuviesen contentos. Le señora me dijo: creo que usted no vale para el servicio y me echaron” (Española que migró a París sola)

Poco a poco nuestras entrevistadas tuvieron que acostumbrarse y fueron socializadas en el idioma, en las costumbres sobre limpieza, cocina, y las normas del servicio en el marco de las familias parisinas, algunas de ellas pertenecientes a una clase social alta: marquesas, baronesas, duquesas. Una socialización no sólo cultural, sino también, como vamos a ver, de clase social. En efecto, el aprendizaje del idioma francés, del uso de los electrodomésticos y de la cocina francesa no era suficiente para ser una buena empleada doméstica, sino que una socialización en el protocolo y las maneras de servir a los señores era igualmente requerida a las criadas españolas, sobre todo a aquellas que trabajaban en los barrios más burgueses, que se emplearon en familias de clase alta y que sirvieron a miembros de la nobleza. Y es que detrás de la pretendida incomunicación cultural se escondía igualmente una incomprensión entre patrones y empleadas domésticas españolas, sobre los mecanismos de dominación de clase.

La utilidad del servicio doméstico para el mantenimiento del estatus social de las clases altas ha sido un fenómeno recurrente a lo largo de la historia y en diferentes contextos socio-culturales. Ya en el siglo XIX Veblen, en su Teoría de la clase ociosa (Veblen, 1987, versión original 1899), sacó a la luz que el servicio doméstico era utilizado como un elemento de distinción para las clases pudientes. En este texto, que es todo un clásico de la sociología, Veblen analiza la clase media norteamericana a finales del siglo XIX, que se había enriquecido con el comercio y la industria e ilustra cómo estos “nuevos ricos” imitan a las clases altas a través

⁶ En francés *constipé* significa estreñido.

del “consumo ostentoso”. Desde una visión evolucionista, concibe el desarrollo de la humanidad con arreglo a tres estadios: salvaje, bárbaro y moderno civilizado. El autor destaca el rol relevante que juega el empleo doméstico a lo largo del desarrollo económico. Con anterioridad a la industrialización, los “siervos” eran principalmente valorados por los servicios que realizaban. Con el desarrollo de la industria, poco a poco, el servicio personal se configura en un símbolo de estatus, en una prueba de riqueza para las clases adineradas. Se considera que las esposas de clase alta, de “sangre hidalga”, no deben realizar las tareas “denigrantes” que desempeña “el servicio”, puesto que el principal signo de hidalguía es el ocio. El hombre honrado y respetado es aquel que posee mayor número de criados. Es signo de distinción que la mujer del señor no trabaje y sea servida. La existencia de un séquito de sirvientes denota la “demostración de la riqueza y del poder del señor” (Veblen, 1987, p.62). Su principal función social reside en el efecto demostración, ya que “estos servidores especializados son más útiles por la exhibición que representan que por el servicio efectivamente realizado” (Veblen, 1987, p.62). Así, se pasa de una situación donde se considera el servicio personal según su utilidad a otra donde prima el carácter simbólico del mismo, como mecanismo de ostentación de las clases más adineradas (Veblen, 1987).

El estudio de Sarasúa en el Madrid de los siglos XVIII y XIX (1994) muestra como el servicio doméstico cumplía en España una función de ostentación, en la medida en que los sirvientes reflejaban el estatus social de la familia que los empleaba. La cantidad de criados era un indicador de la posición social de los señores, puesto que “el disponer de personas de las que se reciben servicios personales es uno de los elementos que unen a la aristocracia con su origen feudal” (Sarasúa, 1994, p.73). Así por ejemplo, “en la función de ostentación, una gran parte de su jornada de trabajo la desarrollaba la nodriza en la calle, apareciendo en paseos, parques y cafés con el niño y a veces una ayudante que lo transporta. La nodriza <<doméstica>>, que trabaja en casa de los padres se convirtió en una figura característica del escenario social urbano de los siglos XVIII y XIX” (Sarasúa, 1994, p.180) en Madrid. El criado “indica a la gente la posición social que se ocupa, aunque no responda a un nivel de vida real (...). El criado adquiere así un valor de portador del honor de sus amos” (Sarasúa, 1994, p.105). Las familias acomodadas tenían un mayor número de sirvientes que estaban especializados en distintas tareas, denotando, este hecho, distinción. Las clases medias-bajas o bajas solían poseer sólo una criada que realizaba todas las tareas. Los sirvientes varones estaban más valorados que las mujeres, eran los que verdaderamente portaban el honor familiar (Sarasúa, 1994).

Martin-Fugier también señala cómo en la Francia del siglo XIX hacerse servir constituía un signo de clase, de tal manera que algunas familias de pequeños burgueses estaban dispuestos a privarse incluso de comer para tener una doméstica a su servicio y sentirse parte de la burguesía (Martin-Fugier, 1979,

p.36). La relación entre empleadores y sirvientes y las implicaciones sobre el estatus de los primeros han sido igualmente puestas de manifiesto para el caso de Gran Bretaña por Gregson y Lowe (1994).

Como vemos, a lo largo de la historia y en distintos contextos socio-culturales, las clases adineradas han recurrido al empleo doméstico para la realización de las labores de la reproducción social. Este segmento laboral ha estado fuertemente jerarquizado en función de desigualdades sociales construidas en torno a diferencias en base al género, la etnia y la raza. El servicio doméstico cumple no sólo una función utilitaria de producción de servicios, sino que también mantiene el aparato ideológico que legitima las relaciones de clase en el interior del hogar y, en definitiva, la reproducción de los mecanismos de dominación de clase.

En los barrios parisinos más burgueses la relación criada-patrona ocasionaba unas fuertes relaciones de dominación para las mujeres españolas que sirvieron en París a familias de “alta alcurnia”. Para ellas el empleo como domésticas supuso no sólo descubrir nuevas costumbres o formas de trabajo, sino también la diferencia de clases, ese mecanismo de distinción social que utilizan los señores mediante el empleo de sirvientes. ¿Y cuáles fueron los mecanismos de dominación social que vivieron las españolas que emigraron a París durante los años 60/70 y trabajaron en el marco de familias burguesas?

Como señala Rollins (1990) la segregación espacial constituye una marca de distinción simbólica entre la trabajadora y la empleadora. Los espacios reservados a la criada, como son la cocina o la habitación y escalera de servicio, son fronteras de clase que establecen la diferenciación social. Los roles sociales y las tareas se distribuyen, en la unidad doméstica, entre los distintos actores sociales y este reparto supone también una división de espacios socialmente asignados. No romper con las marcas de segregación social y espacial establecidas entre patrona y empleada formaba parte igualmente del conjunto de normas que tuvieron que aprender nuestras informantes.

“Yo era de una familia bien. Mi padre tenía viñas y yo tenía siempre servicio. Cuando empecé a trabajar me enseñaron como utilizar el aspirador, la mujer tenía cuatro hijos y al mes me echaron porque no entendía el francés, no atendía bien al teléfono. No sabía qué decirles si el niño se ponía malo. Tenía voluntad, pero no era eficaz. Una vez en uno de los trabajos se fue la señora y vi un cuarto de baño, me metí en el baño de la señora. Me lavé bien y me peiné con mis peines y me senté en el gran salón. La chica que cuidaba a los niños me dijo: tú a la cocina. Yo pensaba que estaba en mi casa y dije: de cocina, nada. Y me echaron. No sabía lo que era trabajar, no sabía hacer lo de la chica de servicio. Yo era muy educada. Le pregunté a una compañera: ¿cómo hacéis? Y me dijo: eso no lo hagas, esas cosas son para la señora, tú date cuenta de que estás trabajando. Enseguida lo aprendí.” (Española que migró sola a París)

Coralín llegó a un hotel particular situado en la plaza parisina del Arco del Triunfo, la Place de l'Etoile, perteneciente a una familia que “vivía de las rentas”, donde se daban grandes recepciones, donde tenía que servir a la clase social más alta, ataviada con un uniforme negro y un delantal blanco. El contacto de nuestra informante con sus patrones e invitados reproducía unas fuertes relaciones de dominación de clase, que abarcaban los espacios más íntimos de la vida privada de nuestra entrevistada, de manera que ésta sentía cómo los señores la trataban como a una “esclava”. Los señores se incomodaban y prohibían que la empleada doméstica saliese con su novio, de manera que el compañero de Coralín tenía que silbar al llegar a la puerta de la casa, para que su amada se asomase a la calle, pues al pretendiente le estaba prohibido llamar al timbre. El deseo de dominar la vida privada de la criada llevaba a los patrones a no querer, ni siquiera, que se casara, mantenerla alejada del contacto de un hombre, prohibirle usar maquillaje, tacones, llevar el pelo suelto. El servicio debe ser pulcro, nada más. Y mejor si es poco instruido. Estos son los deseos últimos, según perciben nuestras entrevistadas, de los señores. Coralín no pudo cumplir su sueño de asistir a la Alianza francesa al llegar a París, se lo prohibió su patrona. La doméstica siempre tiene que estar en un escalón inferior a la señora, en instrucción, cultura, en su aspecto físico, en la ropa. Los regalos pueden simbolizar también relaciones de dominación: unos zapatos viejos, los productos que dan gratis en el avión, son objetos que llegaron a recibir nuestras entrevistadas de sus patronas y que fueron interpretados, más que como ofrendas, como ofensas.

Las recepciones son una forma de demostración social del poder económico de las clases altas. Pero las criadas se dan cuenta de las contradicciones entre las prácticas austeras cotidianas de los señores, arruinados, avaros o venidos a menos, y las recepciones ostentosas. Doncellas, cocineras, damas de compañía, chóferes, la distinción social aparece reflejada en el número de sirvientes, tal y como apuntaba Veblen. Así, para una gran recepción se contrata a criados suplentes, que den la talla y se sacan los elementos decorativos de valor guardados día a día en la caja fuerte de un banco. Al apelativo *Madame*, en las casas de la nobleza, hay que añadir el protocolo, acorde a la categoría nobiliaria de los señores: *Madame* la baronesa, *Madame* la condesa... Porque, en efecto, otros de los mecanismos de distinción social entre señores y sirvientes son los apelativos utilizados, que pueden establecer una relación más igualitaria (si se trata a la criada de tu a tu) o contrariamente marcar la diferenciación social, a través del uso del usted y de términos como la señora, el señorito (Oso, 1998), lo cual se acentúa al añadirse el título nobiliario, como en el caso de nuestras entrevistadas.

No obstante, al lado de los perfumes caros, de los encajes y joyas que rodean a la señora, los sirvientes son relegados, en ocasiones, como relatan nuestras informantes, a espacios denigrantes. Limpiar y vivir en la miseria, mientras los señores se pasean por el lujo y la riqueza de los caprichos y detalles

más ostentosos. Algunas de nuestras entrevistadas no soportaban las relaciones de dominación y el “servilismo” de las casas “distinguidas”, los caprichos y la parafernalia que rodeaba a los más “altivos”.

“La señora tenía un lujo, que no te puedes imaginar, unos perfumes, unas cosas. Pero yo estaba allí, en una habitación asquerosa, era inhumana y le dije: si usted no me prepara la habitación para cuando yo vuelva de vacaciones, no vuelvo. Yo quería una habitación confortable, porque yo no podía vivir así, yo era una persona como ella” (Española que migró sola)

“La señora se pasaba el día leyendo. Me daba una nota de lo que tenía que hacer y nada más. Le servías y a cada comida necesitaba cuatro o cinco platos: la entrada, la carne, el postre, la fruta. A veces estaba ella sola y necesitaba todos esos platos. Me sentía mal, aquello era servilismo. A mi no me importaba trabajar, pero el servilismo no me gusta, te utilizan para sus caprichos. Que me utilicen para cosas vitales no me importa, pero para caprichos, sí. Cuando he visto lo del servilismo no me gustaba, la manera de hacerte hacer todas las cosas tan reglamentada, con tanta etiqueta. En una casa tenían un perrito que se hacía sus necesidades por toda la casa, tenían nietos, pero las sábanas bordadas eran para el perro. Había que ir con uniforme, tanta etiqueta, había que comprar agua mineral para hervir la verdura del perro. La cama tenía que estar con los pliegues en su sitio. Yo hago trabajos más sucios y difíciles, como estar con los ancianos. Servir no me importa, pero prefiero los pobres a los ricos” (Española que migró sola)

Estas costumbres, asociadas a la clase social alta, se enmarcan en lo que ha denominado Bourdieu como prácticas distintivas. Según este autor, las diferencias de clase no sólo están basadas en disparidades económicas, sino también en relaciones de fuerza y sentido, de manera que lo económico y lo cultural están imbricados. Las prácticas que denotan “distinción” o prácticas distintivas, que distinguen a unas clases sociales de otras mediante los gustos (artísticos, vestimenta, culinarios), por ejemplo, participan en la reproducción de las desigualdades sociales y de los mecanismos de dominación y legitimación (Bourdieu, 1991). El capital económico y el capital simbólico actúan sobre los mecanismos de distinción y en este proceso los bienes simbólicos juegan un papel determinante. Así, el empleo de servicio doméstico se explica por la existencia de prácticas distintivas, suntuosas u ostentosas, en la realización de las tareas domésticas y en el estilo de vida de las familias de clase social alta. Lo que va a diferenciar a unas clases de otras es el aparato simbólico construido alrededor de las funciones vitales. En efecto, todo el entramado de servicios y de bienes contruidos en torno a las funciones básicas de la reproducción doméstica del grupo (alimentación, limpieza, etc.), responden a una práctica distintiva.

Los patrones utilizan igualmente estrategias para probar la confianza de las empleadas domésticas. Dejar una moneda o colocar un billete en un lugar clave. Esto permite, por un lado, saber si la empleada es honrada y, por otro, controlar si se ha esmerado pasando el polvo correctamente en los rincones de

la casa (debajo de la cama, de un mueble...). En ocasiones, las discordias entre las propias empleadas llevan a unas a acusar a las otras de robos o de romper objetos. Rivalidades, envidias, entre señora y empleada doméstica, pero también entre criadas.

No obstante, a veces, se llegaba a verdadera simbiosis entre señora y patrones. Nuestras entrevistadas suelen concebir de manera positiva el hecho de comer con los empleadores en la mesa. Lo cual simboliza unas relaciones más igualitarias, dato recurrente en el servicio doméstico en distintas áreas geográficas (Catarino y Oso, 2000). Pasear como amigas, prestarle joyas a la criada... Son detalles que nuestras informantes aprecian en sus relaciones con los señores.

De esta manera, las españolas que trabajaron como empleadas de hogar en París también vivieron relaciones más igualitarias con sus patrones, incluso con aquellos de clase social más alta. Es el caso, por ejemplo, de una de nuestras entrevistadas, que convivió durante los últimos años de su vida con una pareja de hermanos, solteros, sin descendencia, muy adinerados, que tenían el título nobiliario de condes. Encarna tuvo una relación verdaderamente familiar con sus patrones, que trataban a sus hijos, como si de sus propios nietos se tratase. Los empleadores compraron a Encarna un apartamento para que pudiese residir independiente con su familia en un lugar confortable, le pagaron los estudios a Inés, la hija de la criada, en los mejores colegios privados de la ciudad. La señora no asistía a ninguna reunión de la alta sociedad si su empleada no era aceptada como una más. La simbiosis entre Encarna y sus señores fue tal que, en agradecimiento a esos años de buen trato de la criada española, en los cuales nuestra entrevistada se comportó como una verdadera compañera, fiel y devota de sus patrones, los condes decidieron cederle su herencia. De esta manera, una vez difuntos, Encarna heredó todas las pertenencias de sus señores. No obstante, aunque los patrones establecieron esta relación igualitaria con su empleada y familia, la sociedad no lo hacía, construyendo toda una serie de impedimentos, para que nuestra informante y sus seres más cercanos permaneciesen en “su lugar”: el de los sirvientes. Así, el discurso de nuestra entrevistada está marcado por una devoción hacia sus señores, pero igualmente por una ira hacia la sociedad, que ha intentado impedir su movilidad social, que ha luchado, por todos los medios posibles, para que una empleada de hogar y su familia siga siendo de la clase obrera y no pueda aspirar a ascender en la escala social, tal y como fue el deseo de sus señores, que le cedieron sus pertenencias. En una sociedad no acostumbrada a ver pasar a una empleada de hogar, de un día para otro, a la esfera social más alta, toda una serie de mecanismos de bloqueo social se desplegaron contra Encarna. Puesto que “la doméstica no debe invadir la posición reservada a la elite”. Y es así como nuestra protagonista y su familia interpreta todo el conjunto de problemas y muros que se erigieron en su contra. La familia de los condes atacó legalmente a Encarna, impugnando el testamento. Los

abogados, la engañaron, aprovechándose de su ignorancia y haciéndola firmar papeles, que le supusieron la pérdida de una importante proporción de su nueva fortuna heredada.

“Aquí nos tienen en la casa un odio mortal. Si la gente pudiese echarnos fuera y humillarnos, lo harían, continuamente intentan humillarnos. Tienen envidia de que nos hayan dejado todo eso y de que seamos españoles, porque si fuésemos de clase baja franceses, lo hubiesen aceptado mejor” (Encarna)

Como vemos, el trabajo como empleada de hogar conllevó unas fuertes relaciones de dominación de clase, sobre todo en el caso de nuestras informantes que se emplearon en los barrios burgueses y que sirvieron a la clase social más alta. Vamos a ver cuál fue la evolución en las modalidades y condiciones de trabajo, a lo largo de los años, de las mujeres españolas en París, desde sus inicios, empleándose como empleadas de hogar, en los años sesenta y principios de los setenta, hasta la posición avanzada en el ciclo migratorio, en la actualidad.

Con los años, el servicio doméstico se fue reduciendo considerablemente en los barrios más burgueses de la capital francesa. Así, la figura de la empleada de hogar fue poco a poco perdiendo peso, en favor de la señora de la limpieza. Las familias de clase alta dejaron de invertir tanto dinero en servicio doméstico, limitándose el número de empleos. Las españolas empleadas de hogar fueron poco a poco reconvirtiéndose en señoras de la limpieza, porteras, limpiando oficinas, las que más. Las que menos, ocupando puestos algo más cualificados, en los servicios de lavandería de hoteles o de guarderías, como asistentes maternas. La movilidad hacia otras ocupaciones alternativas a la de empleada de hogar surgió por iniciativa de las propias mujeres. Porque deseaban más independencia, un trabajo donde tuviesen una mayor autonomía respecto a los patrones y una mayor libertad de horarios, porque se casaban, porque tenían hijos, o también porque sus patrones decidían prescindir de una parte de sus servicios. No obstante, algunas empleadas de hogar españolas siguieron ocupándose en las mismas casas, envejeciendo poco a poco con sus patrones hasta la jubilación.

Entre este último grupo, están algunas de nuestras entrevistadas, aquellas denominadas por la propia comunidad española como las “solteronas” siguen habitando en las denominadas por las propias mujeres “*chambras*”, en esos espacios reducidos, con el wc fuera, en el pasillo. A las malas condiciones de vida de estas mujeres se unen las dificultades económicas, en la medida en que algunas de ellas estuvieron durante años trabajando sin ser declaradas, por lo que no tienen casi pensión de jubilación al llegar a su vejez.

En el centro médico de San Fernando, en Neuilly, donde tradicionalmente se atendía a los españoles y que servía igualmente de punto de encuentro y de reunión para la comunidad española en París, nos comentan cómo se están dando estos casos de enfermedad mental, por parte de las criadas españolas que permanecieron solteras y se encuentran hoy en día solas. Envejecieron aisladas

en sus habitaciones, sin familia; en España los contactos fueron poco a poco alejándose. En París, la soledad colmaba su vida cotidiana. Algunas se quedan sin las habitaciones, incapaces de poder seguir trabajando o de encontrar un alquiler con la escasa pensión y medios económicos de los que disponen, sólo queda recurrir a la asistencia social, a los centros de acogida de españoles que hoy, a pesar de que han perdido el esplendor de los años de la inmigración, siguen canalizando aquellos casos de compatriotas que se encuentran en condiciones de marginación. Otras tienen millones en el banco o debajo de una almohada o escondidos en un calcetín, pero su vida cotidiana es semejante a la de aquellas otras sin recursos económicos. La diferencia será que podrán pagarse en su día un mejor entierro o que tal vez disfrutará el dinero un sobrino afortunado, cuando ellas mueran en la soledad.

Van muriendo, poco a poco, las criadas españolas que quedaron solas, olvidadas en el séptimo piso de los edificios más burgueses de París. Aparecen como sombras, paseando por la ciudad de la luz; su reducido espacio vital las obliga a salir a la calle, sin un rumbo fijo. Se acercan a las residencias y centros españoles solicitando trabajo, acaso como una excusa para poder entablar una mínima conversación. El francés sigue siendo para muchas un idioma aún desconocido. Años de trabajo, de escaso contacto con el exterior. Trabajar, envejecer y morir en la “*chambra*” ha sido la experiencia vital de aquel conjunto de jóvenes españolas que llegaron a París, durante los años 60 con el júbilo de encontrar un trabajo, una independencia, de vivir una aventura, de aprender el francés y que nunca más salieron de sus habitaciones. Para estas últimas su paso por el servicio doméstico, como una etapa más en el ciclo vital, se ha anquilosado y han quedado atrapadas, congeladas en el tiempo, pero con la carga de los años encima. Las arrugas marcan su rostro y la artrosis dificulta la subida al séptimo piso de la “*chambra*”. Ya no son aquellas jovencitas solteras huidas del medio rural, con el sueño de salir de sus aldeas y entorno social, aunque ello supusiese un paso temporal por el servicio doméstico. Son mujeres maduras o de avanzada edad que han quedado aprisionadas en ese túnel, del cual no llegaron nunca a salir.

“Las solteras que quedan andan muy mal psicológicamente. Para que se mantengan lúcidas es muy difícil. Se acomodaron a esta vida de soledad y psicológicamente se han empobrecido mucho. Es difícil porque no han aprendido el idioma, lo tienen muy mal y tampoco han creado amistades entre ellas, se quedan solas en las buhardillas. A veces aparecen aquí, han estado años solas. Nos enteramos por las porteras o por asistentes sociales. Se intenta analizar cada caso y ver que se puede hacer, a veces se consiguen casas de retiro, que vaya una persona del ayuntamiento, servicios de limpieza, que les lleven comida. El problema es que, cuando se jubilan, pierden el contacto con todo, con los patrones y con todo. Hace dos años me avisaron en la misión española de que había una española que había trabajado en un inmueble, estaba en una habitación, no pagaba y el dueño la forzó a que saliera, como no quería, le

cambiaron la cerradura y no podía entrar en la habitación. Estuvo durmiendo durante meses en el water del pasillo. Pasaba el día dando vueltas por París y entraba por las noches en el edificio a pasar la noche. Fuimos yo y otra hermana, no quería que le buscásemos algo. El consulado consiguió una residencia y está allí. Igual han trabajado 30 años y les quedan 2000 francos (300 euros) de pensión, muchas trabajaban sin estar aseguradas, por eso no tienen jubilación, algunas creían que estaban declaradas y no lo estaban. Muchas se han quedado solteras. No trabajaban declarado por ganar más y ahora están sin jubilación. Estas solteronas, se han quedado empobrecidas. La soledad es el principal problema y las condiciones de la vivienda, puesto que cada vez se hace más difícil tener con la edad que subir los siete pisos andando a la habitación” (Religiosa- Centro Médico San Fernando)

Olvidadas por su familia lejana, por sus patrones. Algunas de ellas sólo vivieron para criar a los hijos de otros, que cuando crecieron les fueron robados, que no volvieron a ver, volcadas en una maternidad que en el fondo no era la suya, a cambio de unos francos, recompensa económica, pero no sentimental. La patrona ha ganado la batalla sentimental en ese reparto de roles que se establece en el hogar ante la duplicación de la mujer: la madre y la criada. La empleada doméstica se confunde con la sombra de la patrona, como si la señora se desdoblara en dos identidades incompatibles: la de trabajadora y la de esposa y madre. Y esta última identidad es asumida, en sus tareas poco valoradas, por la empleada de hogar. Esta sustituye a la primera en las labores denigrantes, pero en ningún momento lo hace en las tareas valoradas socialmente. La señora sigue siendo la dueña y ama de la casa, dominando esta parcela de la vida cotidiana y el espacio privado del hogar. Tiene la plena responsabilidad afectiva de la familia. La criada sólo recoge los desperdicios de esta doble identidad social (Oso, 1998). El despliegue identitario que se produce entre señora y criada, el juego de roles sociales de una mujer que se doblega en dos, es bien recogido por Jean Genet en su obra *Las criadas*. Clara y Solange, dos hermanas empleadas domésticas, se debaten, en el escenario teatral, entre la dicotomía de esta doble identidad. Ambas juegan a asumir el papel de la señora, mientras está ausente, e invaden el territorio de los aposentos puros, de las flores, trajes y joyas; se apropian por unos instantes de esa parte de su identidad de mujer que les es negada. Y desprecian, desde el papel de la señora, su propia condición de criadas (Genet, 1996, edición original 1947).

Y a nuestras protagonistas, las criadas españolas, les queda poco más que los recuerdos. Durante años han asumido las tareas más sucias de esa doble identidad social, pero no se han visto recompensadas totalmente por el cariño de los retoños que hoy apenas se acuerdan de aquella española que les crió. Cosas apiladas durante treinta o cuarenta años en un espacio mínimo, la “chambra”, el reducto de la criada. A sus entierros acuden las religiosas españolas, acaso algún conocido, escasos familiares a quien poder contactar. Es difícil limpiar aquellas

habitaciones del polvo del olvido, de las telarañas acumuladas por la soledad, por toda una vida en unos escasos metros cuadrados.

No obstante, en la actualidad, en los barrios parisinos más burgueses, las empleadas de hogar que se encuentran habitando los últimos pisos de los edificios, suelen ser de origen distinto al español, muchas de ellas latinoamericanas y filipinas. Este segmento del mercado de trabajo está caracterizado, como hemos visto, por mayores relaciones de subordinación y de dominación entre empleadores y trabajadoras, pero constituye la actividad más favorable para aquellas mujeres inmigrantes recién llegadas, que buscan un alojamiento gratis, una fácil inserción en la sociedad de acogida, así como la posibilidad de ahorrar el salario sin necesidad de invertirlo en gastos de alojamiento y de manutención. Las nuevas migraciones internacionales, como señala Mozère para el caso de las mujeres filipinas, permiten mantener, “un mercado específico de la domesticidad de “alto nivel”, es decir empleada por familias de clase alta, generalmente extranjeras, en París” (Mozère, 2002, p.374, traducción propia), lo cual lleva a esta autora a plantearse la siguiente cuestión: “Después de la crisis de la domesticidad, ¿veremos hoy el fin de la domesticidad? Dicho de otro modo, ¿aparte de los casos excepcionales en las grandes casas, asistiremos a la desaparición de una categoría social que ha inspirado obras literarias, novelas de aprendizaje y filmes? Si en efecto ha desaparecido en su forma antigua, el fenómeno debe ser analizado hoy en términos de migraciones internacionales y de mercado” (Mozère, 2002, p.373-374) En efecto, ya en su día las mujeres españolas permitieron que la figura de la empleada de hogar interna se pudiese perpetuar en la sociedad parisina, en aquellos barrios más burgueses. Y en la actualidad, las cadenas de la domesticidad siguen desarrollándose gracias a la llegada de otras mujeres inmigrantes, reproduciéndose las relaciones de dominación y subordinación de clase propias al servicio doméstico más tradicional. Así, junto a la tendencia de la sociedad francesa en general a una progresiva externalización de las labores reproductivas, antaño realizadas en el hogar, y a un incremento de la demanda de señoras de la limpieza en lugar de empleadas de hogar fijas, los sectores más burgueses de la sociedad siguen reproduciendo la función distintiva tradicional del servicio doméstico, gracias al empleo de las nuevas inmigrantes, que a diferencia de las españolas, ya asentadas en el mercado laboral, son más sumisas y admiten mayores relaciones de subordinación.

En la actualidad las mujeres españolas ocupan la posición más alta en este segmento del mercado de trabajo, en comparación con otras inmigrantes. Y se quejan, con frecuencia, de cómo la competencia de las nuevas olas de extranjeras entorpece las condiciones del empleo en el servicio doméstico. En efecto, las recién llegadas están dispuestas a trabajar recibiendo menores salarios, son más sumisas y aceptan en mayor medida las condiciones de explotación de las empleadoras. Así, las latinoamericanas son mal vistas por las españolas, puesto

que suponen la competencia barata y sumisa del mercado de trabajo de criadas y señoras de la limpieza, sobre todo en los barrios más burgueses.

Como vemos, las españolas en el París de los años sesenta cumplieron la misma función que cumplen hoy las nuevas olas de inmigrantes latinoamericanas y filipinas. La ventaja de este empleo para las inmigrantes es la misma: supone la posibilidad de conseguir unas ganancias monetarias “limpias”, al tener los gastos de alojamiento y manutención cubiertos. Es la mejor ocupación para las mujeres recién llegadas y para aquellas que están solas y cuyo objetivo fundamental es ahorrar. El objetivo último de esta modalidad de empleo es el mantenimiento de las relaciones de dominación de clase a través del servicio doméstico, lo cual ha sido posible gracias a las cadenas de la domesticidad, favorecidas por las corrientes migratorias, que se iniciaron en París en los años sesenta con las mujeres españolas. Y que, en la actualidad abarcan, en los barrios burgueses, a mujeres provenientes fundamentalmente de Filipinas y Latinoamérica.

3. La migración de “pubelas” y “burones”. Las españolas de los barrios obreros y el pluriempleo

Las entrevistas que realizamos en los barrios parisinos más obreros (París XI) ponen de manifiesto como, desde un principio, se estableció una modalidad de ocupación femenina, caracterizada por el pluriempleo. Las mujeres solían combinar varios tipos de trabajos: horas de limpieza, costura y lo que se denomina en el argot característico de la comunidad española en París, las “pubelas” (sacar las *poubelles*, basuras en francés) y los “burones” (limpieza de *bureaux*, oficinas en francés).

Esta estrategia del pluriempleo está muy presente entre las mujeres que residen con sus esposos, ya sea porque migraron conjuntamente, porque fueron pioneras o reagrupadas o porque se casaron posteriormente en París. La ventaja de esta estrategia es una mayor libertad de horarios, unas menores relaciones de dominación respecto a los patrones, así como la posibilidad de llevar a cabo una mayor acumulación monetaria en poco tiempo. El pluriempleo era una estrategia muy utilizada por los matrimonios de españoles, cuyo principal objetivo era ahorrar dinero en el menor tiempo posible, para regresar posteriormente a España. La otra cara de esta modalidad de trabajo es la posibilidad del cansancio, derivado de una prolongada y cargada jornada laboral.

El trabajo en la limpieza por horas permite una mayor retribución, en la medida en que, por lo general, las mujeres tienden a utilizar menos tiempo del pagado en realizar las tareas, pudiendo, así, combinar varias casas. No obstante, a diferencia de la señora de la limpieza fija, que puede llevar un ritmo de trabajo cotidiano, organizándose las labores, y llevando la casa al día, mientras que el trabajo por horas tiende a ser el más sucio y cansado, puesto que se acumula

durante días en la casa. Si además, se combinan varias casas, el resultado es la fatiga y el cansancio. Por lo general, en los barrios obreros las españolas suelen cobrar unos 7 o 9 euros por hora de limpieza.

En París, poco a poco, se ha ido sustituyendo la figura de la portera, de manera que en muchos edificios se instalan telefonillos automáticos y se contrata a una persona para que se limite a limpiar la escalera y sacar las basuras. La limpieza de las escaleras de los edificios y sacar las basuras se ha constituido, así, en una opción para las españolas, que pueden estar a cargo de varios edificios, suponiendo “las *pubelas*” un complemento al empleo en limpieza. Por limpiar las escaleras y/o sacar las basuras se puede cobrar desde 30 a 300 euros al mes, dependiendo del edificio.

Por la mañana temprano o por la noche, queda la posibilidad de limpiar “*burones*” (oficinas/ *bureaux*), que suele ser una actividad bastante bien remunerada. Los “*burones*” son otro complemento para las españolas pluriempleadas, en la franja horaria nocturna. La ventaja de la limpieza en oficinas es que el trabajo puede hacerse rápidamente, sin tener que utilizarse todas las horas remuneradas. En la oficina nadie está vigilando para ver cuándo llega y cuándo se marcha la limpiadora. Así, esta puede organizarse el trabajo para poder hacer varias oficinas en menos tiempo y cobrar un buen salario. En una oficina se puede ganar alrededor de trescientos euros al mes.

La costura era igualmente un recurso para aumentar los ingresos. Los talleres de confección que se concentraban en algunos barrios obreros, como en París XI, permitían a las mujeres españolas poder realizar trabajos de costura, para llevarse a casa. De esta manera, alguna de nuestras entrevistadas, una vez que llegaban de limpiar “*burones*” por la noche, se quedaban hasta altas horas de la madrugada, continuando su jornada laboral y cosiendo en casa para los talleres de confección. Otra alternativa, para completar el trabajo, es la de realizar labores de plancha para individuos que lo encargan (inquilinos del mismo edificio...). A modo de ejemplo, la jornada de trabajo para una española pluriempleada podría ser la siguiente: el día comienza limpiando alguna oficina o escalera, prosigue combinando horas de limpieza o cuidando niños en varias casas. Por la tarde se pasaría a realizar el trabajo de sacar las “*pubelas*” y, de nuevo, limpiar “*burones*”. Para terminar el día unas horas de costura en casa. Y mejor aún si se puede sacar un hueco para la plancha. Algunas de nuestras entrevistadas realizaron igualmente otro tipo de labores extras para obtener más recursos económicos, tales como servir cenas, pintar paredes, poner moquetas, durante los domingos o días festivos.

La estrategia del pluriempleo suele combinarse de tal manera que no se declara todo el trabajo realizado. Se suele sólo declarar las ocho horas reglamentarias necesarias para poder luego recibir una pensión tras la jubilación y el resto del trabajo se realiza de manera informal.

Las mujeres pluriempleadas solían residir con sus maridos en una “*chambre*” alquilada, en un hotel o más adelante un apartamento con dos habitaciones. El perfil socioeconómico de los patrones donde suelen hacer horas de limpieza nuestras entrevistadas de los barrios más obreros suele ser el de profesionales que viven solos o en parejas y que trabajan fuera de casa. Personas pertenecientes a una clase media o media-alta. De esta manera, no se dan unas relaciones de dominación de clase tan fuertes como entre las españolas entrevistadas que se emplean en barrios más burgueses. Y, sobre todo, entre aquellas trabajando en las casas de la nobleza o burguesía más alta. En efecto, las mujeres españolas entrevistadas en París XI mantenían, por lo general, una relación más equitativa con sus patrones. Así, son frecuentes las prácticas tales como invitar a los empleadores a las celebraciones familiares de las trabajadoras, tales como bodas, bautizos, comuniones... Prácticas que son difícilmente pensables entre los patrones más adinerados de los barrios burgueses ¿cómo invitar al marqués, al conde, al barón, a la boda o al bautizo de la criada española y de sus hijos?

Las españolas que trabajan en barrios más obreros suelen preferir el tipo de patrón “llave en mano”. El empleo por horas en casas en las cuales los señores trabajan y suelen estar ausentes. Son igualmente interesantes las familias poco numerosas. La ventaja del empleo “llave en mano” consiste en poder economizar horas: les pagan tres horas, por ejemplo, pero realizan el trabajo en dos. Nadie descubre a qué hora entra y sale la señora de la limpieza. La trabajadora es libre, no está sujeta a ningún control. La mujer organiza su trabajo de manera independiente. No existen relaciones de dominación entre patrón y trabajadora, en la medida en que no hay un contacto cotidiano entre ambos. El trabajo como señora de la limpieza, sobre todo en la modalidad “llave en mano”, constituye una relación más contractual, menos personal e independiente para la trabajadora.

Si en los barrios más burgueses la competencia se establece con mujeres de nacionalidad latinoamericana y filipina, que se emplean como empleadas de hogar, en los barrios obreros las españolas compiten con otras señoras de la limpieza, por lo general marroquíes, argelinas, que también se emplean por horas y que tienden a cobrar menos (seis euros) que las españolas.

La inmigración de “*pubelas*” y “*burones*” ha adquirido, según perciben nuestras entrevistadas de los barrios burgueses, una subcultura propia. Es curioso como algunas de las informantes de París XVI señalan cómo esta inmigración se ha ido socializando e impregnando de la vida alrededor de las basuras. Asociada a una población que aparece mal vestida, utilizando una jerga franco-española, algunas califican a la inmigración de “*pubelas*” como la más “harapienta”, constituida por aquellos que no se molestan en “arreglarse”, que no pueden vivir sin estar rodeados del hedor de los desperdicios. En un tono despectivo comentan “hasta los hijos no pueden ya vivir sin las *pubelas*”. Vestidos con las ropas viejas que les dan en las casas, rodeados de basura. La inmigración española de

pubelas y *burones* es percibida, de manera negativa, por una parte de nuestras entrevistadas, que la considera marginal, y en alguna medida “miserable”, desde el punto de vista de los hábitos sociales, calificándola de ignorante, una población de mal gusto. Se reúnen en los parques y en su jerga discuten sobre quién tiene más limpias las “*pubelas*”.

En contraposición a este imaginario, las españolas de París XVI reflejan el aire distinguido de sus señoras. Aunque también puedan estar vestidas con ropa regalada por las patronas, esta ropa procedente de las mejores casas parisinas de moda, las criadas y señoras de la limpieza de París XVI resultan “distinguidas”, con buenos modales. Su uso del francés es más exquisito, son verdaderas “señoras”.

Cada población respira, a ojos de nuestras entrevistadas, una cultura del trabajo que se proyecta en su manera de ser y de vivir. Las españolas de París XVI no sacan “*pubelas*” y si las sacan, lo hacen a escondidas. Todos los domingos se visten con sus mejores galas. Imitan y emulan el gusto distinguido, así como el comportamiento de sus patronas. Las españolas de los barrios obreros, las que sacan las *pubelas*, se contagian, a ojos de las otras “de la miseria de las basuras con las que tratan cotidianamente”. Se comportan y se visten de acuerdo al paisaje urbano de los barrios populares. Se sorprenden de ver a las españolas de París XVI, y las consideran frías, “estiradas”, cerradas. Sienten la mirada de desprecio de estas últimas, sus mecanismos de diferenciación social, mecanismos que han sabido aprender emulando a sus señores y que ahora aplican sobre sus compatriotas de los barrios más populares.

“París XVI es un “*cartier*” (*quartier*/barrio) rico. No tienen la misma acogida que en la parte este de París, son más cerrados entre ellos. Cuando vamos a París XVI a las reuniones de catequistas de la Pompe nadie te saluda, aquí hay un contacto familiar. En París XVI también hay muchas españolas en porterías, lo que pasa es que como es un “*cartier*” rico la gente viste un poquito mejor. Las españolas visten un poquito mejor, son más finas al hablar. Yo es lo que veo. Y son muy separadas, en el sentido de que van solo entre ellas y nada más. La mayoría van vestidas como en España, bien arregladas, son distintas. Aquí somos más normales, aquí vas al mercado los domingos y la gente va vestida ordinaria. Elegante, como se dice en España, de domingo, es raro que vaya la gente. La gente va sencilla, de pantalón, zapato normal, con el abrigo de la semana” (Española reagrupada por el esposo-París XI)

Como vemos, en los barrios obreros, la modalidad del pluriempleo suele conllevar unas relaciones entre patrones y empleadas más igualitarias, aunque las trabajadoras tampoco están exentas del todo de los mecanismos de dominación de clase. Y, esta vez, no sólo entre los señores y la sirvienta, sino igualmente en el marco de la propia comunidad inmigrante, que establece una diferenciación social entre “españolas distinguidas”, las que trabajan en los barrios burgueses, y

aquellas que residen en los barrios parisinos obreros. Estas últimas se contagian del estigma social de las *pubelas*.

4. Las porterías españolas

La llegada de los hijos fue el factor determinante que animó a nuestras entrevistadas a elegir la portería como una opción laboral que permitía poder cuidar a los descendientes, tanto en los barrios burgueses como en los obreros. La portería fue la estrategia que utilizaron la mayoría de los matrimonios de españoles para poder tener una vivienda gratuita, y que, a su vez, la mujer pudiese aportar un salario al hogar, combinando su empleo con las labores domésticas y de cuidado de los hijos.

Las familias que se constituyeron en la inmigración, aquellas parejas de españoles que se casaron y tuvieron sus hijos en París, o los matrimonios reagrupados o migrados conjuntamente, no podían permanecer en una pequeña habitación (“*chambre*” u hotel) con la llegada de los descendientes. La necesidad de una vivienda un poco más grande les llevó a optar por la portería, que al mismo tiempo permitía que la mujer permaneciese en casa al cuidado del hogar. Un alojamiento gratis y un salario que complementaba al del hombre y que facilitaba seguir acumulando mayores recursos económicos entre los dos miembros de la pareja.

Las porterías con derecho a vivienda pueden ser de dos tipos. Por un lado están aquellas que requieren sólo la limpieza de las escaleras, el reparto del correo y el mantenimiento de las basuras, a cambio de una pequeña cantidad de dinero mensual (alrededor de dos mil francos, trescientos euros), pero no exigiendo permanencias. Este tipo de porterías permiten combinar otros empleos, como las horas de limpieza, escaleras y basuras en otros edificios, así como “*burones*”. Este tipo de porterías son interesantes para las mujeres solteras que buscan una mayor independencia y tiempo libre o para personas, solteras o casadas, que combinan, como hemos señalado, este empleo con otras actividades.

En segundo lugar están las porterías que necesitan de una permanencia, por parte de la trabajadora. Las tareas a realizar son más amplias (mantenimiento completo del edificio, limpieza de lámparas, pómulos de las escaleras, espejos, vigilancia...) la trabajadora pudiendo descansar sólo unas horas al día y exigiéndose su presencia durante gran parte de la jornada. En función del tipo de edificio, las porterías que requieren de permanencia están mejor o peor pagadas. Este tipo de porterías son interesantes para las familias con hijos, ya que permiten el cuidado de los descendientes, sin que la mujer se mueva de casa; si bien, para las solteras no son tan interesantes, puesto que merman la libertad de movimiento y los ingresos no son elevados. Tampoco satisfacen a las familias

que buscan una fuerte acumulación de ingresos, puesto que la mujer gana más con la estrategia del pluriempleo que con la portería en permanencia.

Aquellas familias que optan por la portería a tiempo completo, buscan primar la estrategia del cuidado de los hijos y la máxima optimización de los recursos económicos. Dado que la portería permite incrementar los ahorros en mayor medida que si la familia optase por el alquiler o la compra de un piso en París. Como ya hemos señalado, las porterías de permanencia suelen ir cerrándose poco a poco en París, de manera que algunas de nuestras entrevistadas han sido forzadas a abandonarlas, siendo progresivamente sustituidas por el telefonillo electrónico y un trabajador que limpia las escaleras y saca las basuras. En las porterías donde se exige una permanencia se puede llegar a cobrar desde 450 a 1050 euros, dependiendo de la categoría del edificio.

A pesar de que las porterías son más espaciosas que las “*chambres*” o las habitaciones en hoteles, las condiciones de la vivienda son igualmente muy poco confortables. Algunas porterías disponen de una sola habitación y otras, quizás un poco más grandes, de dos espacios habitables. Muchas de ellas tienen el *wc* en el pasillo de la planta del edificio. Los españoles pasaron de la “*chambre*” y las habitaciones en hoteles a las porterías, pero esta movilidad residencial seguía suponiéndoles unas duras condiciones de habitabilidad, inferiores a las que tenían la mayoría de nuestras entrevistadas cuando salieron de España.

“La portería donde vivo, aquí en la *Rue de la Pompe*, está como ves en muy malas condiciones. Mira: vivo como una guarra. Esto no es nada más que una habitación con otra habitación donde está la cocina y una ducha que no funciona desde hace dos años, pero como me quieren echar no arreglan ya nada. El *wc* está fuera, en la curra (la *cours*/ el pasillo). Tuve que llamar al servicio de higiene porque las ratas me comieron un jamón que me había tocado en una tómbola en el club de españoles donde suelo ir. Los vecinos me critican por las condiciones de higiene de la portería, pero yo les digo: pero si son ellos los que deberían avergonzarse por tener una *loge* (portería) en estas condiciones en un edificio tan burgués del barrio 16. Es un barrio muy caro, está lleno de burguesitos, pero mira como nos tienen a las porterías”. (Española que migró como madre soltera)

No obstante, a pesar de la estrechez del espacio, en el cual los padres y los hijos tenían que compartir la misma habitación, sin intimidad, los españoles optaron por esta modalidad de vivienda y de vida por las ventajas económicas que confería. Al salario que recibía la mujer por la portería, se unía el dinero que ésta podía ganar realizando actividades complementarias de manera informal, como horas de limpieza, lavar ropa, planchar, servir cenas en algunas casas, cocinar, coser, guardar niños o animales domésticos... A lo que se añaden los pequeños favores a los inquilinos a cambio de propinas.

La portería tiene la ventaja, en comparación con el servicio doméstico, de gozar de libertad e independencia respecto a un patrón. En la medida que la

portera realiza las tareas cotidianas a su ritmo, no tiene la presión de la señora detrás. No obstante, la dependencia de la vida privada y la falta de intimidad respecto a los inquilinos es una de sus principales desventajas. Y el principal factor de dominación social. El hecho de no poder descansar sin ser molestada, ante cualquier imprevisto que suceda en el edificio. Así, algunas porteras sienten su vida y su espacio íntimo controlado por el edificio y sus habitantes, llegando a sentirse como “esclavas”. La jornada laboral de las porteras es variada, así como el trabajo a realizar. Depende de la categoría y del tipo de edificio. Rosa, una de nuestras entrevistadas, trabaja de siete de la mañana hasta las doce del mediodía. A partir de esta hora tiene libre hasta las cuatro de la tarde, volviendo a retomar la jornada laboral hasta las ocho. Los sábados sólo trabaja de siete a doce, librando los domingos todo el día. Las tareas van desde la responsabilidad del correo, la limpieza, las luces, información... Otra de las desventajas de la portería es el no poder ir de vacaciones sin tener que buscar a una persona de reemplazo, que se inmiscuye durante un mes en la intimidad del hogar familiar.

Las porteras son las “dueñas” de los inmuebles, se pasean por las dependencias conociendo cada detalle, sacando brillo a los pómulos de las escaleras con el vaho que emana de sus labios. Ellas dominan el edificio, el espacio es suyo, transitan de un apartamento a otro, recorren sus escaleras, recogiendo un hilo o una miga de pan, que guardan en el bolsillo. Está todo impecable, se deslizan por las calderas donde tienen su nido de trastos, sus cosas amontonadas, escondidas. Los espacios públicos para los inquilinos son privados para ellas y su espacio privado, la portería, es público. La intimidad no existe, apenas se marcan por la cortina de su habitáculo, las horas de descanso, pero siempre es transparente, puede traspasarse fácilmente. La portera siempre está disponible en caso de necesidad. A Rosa no le molesta la falta de privacidad de la portería, su espacio vital es como un escaparate que sólo deja de mostrarse al público cuando se cierra la cortina en las horas de descanso. Pero este exhibicionismo de su intimidad si incomoda a sus hijas. El patio donde se encuentra la portería de Rosa está lleno de geranios, como en Andalucía, pero el pequeño jardín florido es censurado por el vecindario, que lo considera de mal gusto. Rosa y sus hijas hacen trabajos informales en la portería, como limpiar algunos apartamentos.

No obstante, las porteras se sienten, de la misma manera que las empleadas de hogar y señoras de la limpieza que se emplean en familias adineradas, un estigma social, al ser una ocupación infravalorada por la sociedad. Algunos inquilinos tratan a sus porteras de manera distante, marcando las diferencias sociales, las diferencias de clase. El trato varía desde algunos inquilinos que desprenden un calor y una relación humana a los que marcan las diferencias; cada uno en su sitio y la portera en el suyo.

Las relaciones de dominación de clase de las que se resienten las porteras con los inquilinos, recubren igualmente el campo de lo simbólico. Las porteras

“tienen que estar en su sitio”. Los inquilinos marcan las diferencias. La portera, al igual que la criada o la señora de la limpieza, no puede lucir grandes galas, ni tener un coche o un piso en propiedad, mejor que el de los residentes en el edificio. Nuestras informantes esconden sus pertenencias, asimilan las pautas de modestia y decoro en su manera de vestir y de comportarse, de acuerdo a su rol social como porteras. Los ricos marcan las diferencias, pero a ojos de algunas de nuestras entrevistadas, son peores en sus estrategias de desprecio y de distinción social los “nuevos ricos”.

“Los nuevos ricos de ahora son terribles, se creen que lo tienen todo permitido. Los ricos de antes eran cultos, educados. Te ven limpiar y te escupen, andan guarreando. Tengo árabes que son como salvajes, viven de noche, se acuestan a las cinco, no puedes vivir, no puedes comunicar con ellos. Te dicen que hables inglés o árabe. Con los nuevos propietarios muy mal, no puedes tener coche, vivir como ellos. Me cuido de vestirme porque no me lo permiten. Te dejan cortada si te ven bien vestida: tu portera no tienes derecho a vestirte como cualquiera. Todo esto también depende del inmueble.

Nosotros hace 22 años compramos un coche nuevo y una inquilina le dijo a una criada española: ese coche lo habrán robado. Hace seis años compramos otro coche nuevo y decían: ¿ha comprado un coche nuevo? No, lo hemos alquilado, dije. No podemos permitirnos vivir como los demás. Ellos piensan que con lo que ganamos no podemos. Piensan que somos inferiores. La portera no puede vestir como la propietaria. Me dejan cortada cuando me miran de arriba abajo. Te miran de una manera. Y no saben lo que tenemos en España. No comprenden que con el sacrificio de nuestro trabajo tengamos casa, uno o dos coches” (Española reagrupada por sus padres, casada en París con un español, portera, París XVI)

El estigma de la portera alcanza a sus descendientes, al igual que lo hace el de criada o señora de la limpieza. Así, muchas de nuestras entrevistadas optaron por la portería para poder criar a sus hijos, pero hoy luchan para que sus descendientes no sean porteras. Por la poca independencia en cuanto a la vivienda y la intimidad personal que proporciona esta ocupación y por el estigma social asociado a este empleo. Raquel, la amiga de una de nuestras entrevistadas, que residía en una portería en París XVI, procuraba que sus compañeros de clase no supiesen que su madre era portera. Por esta razón, Raquel daba la vuelta a la manzana, para que no la viesen entrar en el inmueble, por vergüenza a ser hija de portera española. Nuestra entrevistada interpreta el comportamiento de su amiga como un problema de identidad, y, en efecto, se trata de un conflicto identitario, pero no tanto relativo a la identidad cultural, sino más bien a la identidad de clase. Porteras, empleadas de hogar, señoras de la limpieza. Los hijos de nuestras entrevistadas resienten también el estigma social del empleo que han realizado sus madres, despreciado socialmente y sometido a fuertes relaciones de dominación y de diferenciación de clase.

Como vemos, la portería con permanencia supuso una trayectoria de movilidad ocupacional para las españolas que estaban casadas y tenían descendencia. Interesante estrategia, que permitía a la mujer trabajar sin dejar de atender a sus hijos y al hogar, pudiendo la mujer seguir disponiendo de uso ingresos, sin tener que emplearse “fuera de casa”. A diferencia de las casadas, a las solteras no les conviene la portería en permanencia, en la medida que esta actividad ata y limita la independencia de la trabajadora. Las porterías sin permanencia fueron una estrategia más óptima para las solteras, que podían combinar esta actividad con otros empleos. Para algunas familias la portería sin permanencia también fue una opción interesante, sobre todo para aquellos más obsesionados por obtener mayores ingresos económicos. Facilitaba un alojamiento gratis y, a la vez, permitía a la mujer realizar una actividad laboral combinada con otros trabajos en horas de limpieza, costura... Y constituyendo una buena opción a las parejas que buscaban maximizar el ahorro.

5. Conclusiones

Como hemos visto, buena parte de la corriente migratoria de mujeres que se desarrolló en los sesenta en París se ocupó en el barrio XVI como empleada de hogar interna. Esta estrategia ocupacional permitía tener los gastos de alojamiento y manutención cubiertos. Uno de los rasgos distintivos del trabajo doméstico en París es la habitación de servicio (*chambre de bonne*), que está localizada en el último piso del edificio, independiente del apartamento de los “patrones”: pequeños cubículos, con el baño en el exterior. La “*chambra*” (*chambre*/habitación) permitió la reagrupación familiar y alimentó las redes migratorias. Algunas mujeres migraron primero y trajeron posteriormente a sus maridos, novios, parientes o amigos, que podían compartir, temporalmente o más a largo plazo, alojamiento en la *chambra*. El empleo como empleada de hogar interna facilitaba el ahorro monetario; si bien, las condiciones de trabajo y de vida eran duras para la migrante: reducido su espacio vital a unos pocos metros y sometida a la relación de dominación paternalista y de clase característica del servicio doméstico interno. Y esto sobre todo para las mujeres que se emplearon en casas de alta alcurnia.

Por su parte, las mujeres casadas adoptaron estrategias de movilidad social algo distintas a las solteras de París XVI. La estrategia ocupacional no se dirigía tanto al trabajo como interna, sino como externas o en limpieza por horas o costurera, lo que permitía disponer de más tiempo para ocuparse de sus propias tareas domésticas y para estar con el esposo. El pluriempleo solía ser la ocupación por la que se optaba: oficinas de seis a nueve, limpieza por horas en varias casas, costura... Los hombres se ocupaban, por lo general, en la construcción o la industria del automóvil. La estrategia residencial consistía en habitaciones de servicio (alquiladas o facilitadas a cambio de horas de limpieza) o habitaciones

en hoteles. En París XI, eran numerosos los hoteles repletos de inmigrantes: habitaciones pequeñas, con el baño en el exterior, algunas sin luz, ni agua.

Con el nacimiento de los hijos, la estrategia ocupacional y residencial adoptada por las mujeres españolas, tanto en los barrios burgueses, como en otros más obreros, fue el empleo como portera. La portería permitía disponer del alojamiento gratis al conjunto de la familia y que la mujer permaneciese en el hogar realizando las labores domésticas. Además, con la portería, la capacidad de ahorro de la pareja migrante se veía poco mermada, puesto que la mujer seguía cobrando un sueldo mientras atendía a su familia. La portería también facilitaba otras formas de ingresos suplementarios que no se declaraban: costura, lavar o planchar ropa de los inquilinos, propinas, horas de limpieza...

Las españolas fueron poco a poco ganando espacios en el segmento de la limpieza, la portería y los cuidados personales, observándose así una cierta trayectoria de movilidad ocupacional en París. Llegaron a ser las inmigrantes más valoradas, con mejores condiciones laborales y en lo que respecta a la retribución, si bien fueron pocas las que lograron ocuparse en empleos más valorados socialmente (costura de alto nivel, *assistantes maternelles*⁷, trabajadoras en hoteles, en las lavanderías de las escuelas...). No obstante, su trayectoria ocupacional y vital estuvo marcada por las relaciones de dominación de clase, que determinaron que algunas de nuestras informantes, incluso después de heredar la herencia de sus patrones, tuvieran que hacer frente al conjunto de actores sociales que no admitían su movilidad social. Mecanismos de dominación que resienten las criadas españolas, las porteras así como sus hijos. Y que se reproducen, no sólo entre patrones y las empleadas de hogar, sino también entre las porteras y sus inquilinos, así como entre los propios inmigrantes. En efecto, algunas de nuestras informantes establecen una segregación social entre las "españolas distinguidas", rodeadas de la clase que se respira en los barrios burgueses, y las "españolas de los barrios obreros", que se contagian del hedor y del estigma social de las *pubelas*.

Quizás por todas estas razones no se considera en París esta migración como "problemática", puesto que se ha replegado en los puestos que la sociedad le había reservado, asumiendo la relación de dominación de clase, sin pretensiones de movilidad ocupacional ni social, hacia segmentos del mercado de trabajo más valorados socialmente. Replegadas en sus pequeñas cuevas (las porterías y las *chambras*) las españolas no sólo limpian y cuidan a la sociedad parisina burguesa y de clase media, sino que también permiten a patrones e inquilinos reproducir sus mecanismos de dominación, impulsando su "ego" de clase y su estatus social.

⁷ Personas que cuidan niños en su propio domicilio. Se trata de una modalidad de trabajo regulada por el estado.

6. Bibliografía

- Arondo M. (1975) : *Moi, la bonne*, Paris, Stock 2.
- Bourdieu, P.; Passeron, J-C. (1979): *La reproduction: éléments pour une théorie du système d'enseignement*, Paris: Ed. De Minuit.
- Catarino, C.; Oso, L. (2000): "La inmigración femenina en Madrid y Lisboa: hacia una etnización del servicio doméstico y de las empresas de limpieza", *Papers*, 60, 183-207.
- Genet, J. (1996): *Las criadas*, Madrid: Alianza, 3ªed. (ed. orig., 1947)
- Gregson, N.; Lowe, M. (1994): *Servicing the middle classes*, London: Routledge.
- Gutiérrez, H. (1984): "Les femmes espagnoles immigrées en France", *Population*, (39), mai-juin.
- Lillo, Natacha (2004) : *La Petite Espagne de la Plaine-Saint-Denis 1900-1980*, Paris, Editions Autrement.
- Martin-Fugier, A. (1979): *La place des bonnes. La domesticité féminine à Paris en 1900*, Paris: Bernard Grasset.
- Mozère, L. (2002): "Des domestiques philippines à Paris: un marché mondial de la domesticité", *Revue Tiers Monde*, n°170, avril-juin, t.XLIII.
- Oso Laura (2002) : "Stratégies de mobilité sociale des domestiques immigrées en Espagne", *Revue Tiers Monde*, t. XLIII (170), avril-juin, pp.287-305.
- Oso L. (1998): *La migración hacia España de mujeres jefas de hogar*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- Oso Laura (2002) : Domestiques, concierges et prostituées: migration et mobilité sociale des femmes immigrées, espagnoles à Paris, équatoriennes et colombiennes en Espagne, Thèse de Doctorat, IEDES-Université de Paris I-Panthéon Sorbonne (dir. Bruno Lautier)
- Oso Laura (2004): *Españolas en París. Estrategias de ahorro y consumo en las migraciones internacionales*, Barcelona, Bellaterra.
- Oso Casas, L. (2005) : "La réussite paradoxale des bonnes espagnoles de Paris: stratégies de mobilité sociale et trajectoires biographiques", *Revue Européenne des Migrations Internationales* (21) 1 pp. 107-129.
- Rembauville-Nicole, F. (1964): *Guide bilingüe ménager à l'usage des employées de maison espagnoles et de leurs employeurs*, Paris, Presses de la cité, Librairie Polytechnique Béranger, 195 pp.
- Rollins, J. (1990): "Entre femmes. Les domestiques et leurs patronnes", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 84, septembre, p.63-77.
- Sarasua, C. (1994): *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado madrileño*, Madrid: s.XXI.

- Taboada Leonetti, Isabelle (en collaboration avec Michèle GUILLON) (1987): *Les immigrés des beaux quartiers. La communauté espagnole dans le XVIe*, Paris, CIEMI/L'Harmattan.
- Tour, Bruno (2003): *De Valence à Paris : Itinéraires des « bonnes » espagnoles (1940-1974)*, Mémoire de maîtrise d'histoire, Paris, Université de Paris VII.
- Tribalat, Michèle et al. (1996): *De l'immigration à l'assimilation : enquête sur les populations d'origine étrangère en France*, Paris, La Découverte.
- Veblen, T. (1987): *Teoría de la clase ociosa*, Barcelona: Hyspamerica. Título original: *The Theory of the Laisure Class. An Economic Study of Institutions* (1899).